

INSPECTORIA SALESIANA

"S. GABRIEL ARCANGEL"

Santiago de Chile



Queridos hermanos:

desde el 21 de julio de 1971, nuestro querido hermano, don DOMINGO, como todos lo llamábamos, ha empezado a ver el rostro de Dios. Fue llamado como "el servidor fiel y prudente" al gozo de su Señor, después de una vida difícil debido a largos años de ceguera, pero llena de luz por una fe alegre y confiada en el Señor Jesús.

Ha sido él nuestro hermano coadjutor

DOMINGO MARTIN SERRE AIMAR

quien había nacido el 1º de enero de 1898 en ONCINO, provincia de Cúneo, en el Piamonte, Italia, entrando por primera vez a un Colegio Salesiano en la Casa Madre de Turín el 2 de febrero de 1920.

Vino a Chile a hacer su Noviciado en Macul, profesando por vez primera el 13 de febrero de 1924; el 27 de enero de 1927 hizo su profesión perpetua.

Su vida se desarrolló en forma sencilla, en un solo campo: "despensa y cocina", y siempre en Casas de Formación:

Aspirantado y Estudiantado de Macul (1924-1938), Noviciado de Santa Filomena, Jahuel (1939-1941), Estudiantado Teológico de La Cisterna (1942-1962) y cuando esta Casa de estudios se trasladó a La Florida - Santiago, "don SERRE" siguió junto a los teólogos (1962-1971), hasta su muerte.

Nuestro buen "Don Domingo" resumió su personalidad religiosa en la vivencia del cántico del "Benedictus": la alabanza de un hombre ciego físicamente, pero que vio la luz en la sencillez de una vida toda entregada a sus hermanos, en "mediación concreta y constante".

Fue religioso de fe sencilla:

De su origen campesino conservó una visión del Señor y la naturaleza muy sencilla pero esencial. No logró entender —no obstante su larga permanencia en contacto con los estudiantes de Teología— el progreso de la ciencia teológica y sus consecuencias pastorales. Sin embargo, esta situación no lo desanimó sino que lo hizo cada vez más maduro en una aceptación de su Señor en sus cualidades fundamentales: Padre, Providente, Bondadoso y Misericordioso.

Su ceguera física aumentó mayormente esta visión de Dios. Parecía que la falta de luz y de experiencia visible de las cosas, le había afinado su visión interior: no grandes conceptualizaciones, sino realizaciones. Siempre en continua donación al Señor en sus hermanos en el difícil trabajo de cocinero de las comunidades formativas.

Este su **ser del Señor** totalmente lo llevó a hacer un gesto simbólico, pero para él lleno de significado: cambió su nombre de pila "MARTIN" y quiso que se le llamase "DOMINGO", del Señor. Desde esa fecha todos lo conocieron por "Domingo".

Lo esencial de la fe: creer en Dios y en los hermanos, fue el sistema de vida de nuestro hermano. No había servicio para la Comunidad que no lo encontrara siempre pronto para su colaboración. Cuando ya no podía continuar trabajando como cocinero, quiso seguir en el trabajo de despensero y bodeguero hasta la noche anterior al ataque de trombosis que lo llevó a la muerte.

Y no sólo lo que obligatoriamente debía realizar por sus oficios, sino que ofreciéndose para trabajos extraordinarios sin tener en cuenta su falta de vista que le hacía más difícil esta colaboración.

Esta manera de enfrentar la vida lo hacía simpático y atrayente para todos, especialmente para la gente sencilla que debía compartir con él los trabajos domésticos. Sus conversaciones durante el trabajo eran amenas, pero profundamente cargadas de enseñanzas para la vida práctica. Era una evangelización progresiva que llevaba a compartir luego con él la oración.

Otra manera muy típica de entender su consagración fue un total desprendimiento. Tenía sólo lo indispensable y en esto aún buscaba las cosas ya usadas y abandonadas por los demás.

Su fe, aún dentro de sus sencillas expresiones, la vivió con alegría y siempre quiso compartirla con sus hermanos. No hacía pesar su dificultad física, sino que se sobreponía con un optimismo contagioso. Se puede decir que actuaba "de memoria". Sólo en los lugares totalmente desconocidos se hacía guiar, en los demás se las arreglaba con tal desenvoltura que admiraba a los que desconocían su ceguera.

No fue, así, nunca, un peso para nadie, sino que por el contrario, acompañaba a los hermanos ancianos con mayores necesidades de compañía y servicio.

No abandonó nunca la vida comunitaria; era siempre el primero en presentarse al lugar donde se reunía la Comunidad; ciertas reformas le causaron pena porque le provocaron un cierto aislamiento, por ej.: al no leerse más en común los puntos de la meditación, se ingenió para que un hermano se lo hiciera personalmente.

Igualmente al dejar de tocarse la campanilla durante la celebración de la Eucaristía lo privaba de unirse más íntimamente a los momentos centrales.

Al celebrarse, luego, la Eucaristía en castellano, logró nuevamente, a través de las palabras, unirse a los diversos momentos de la Celebración Eucarística.

Pudo aparecer, a primera vista, reacio a los cambios, pero al conocerlo en profundidad uno se daba cuenta que era su sicología de no vidente que exigía signos externos y sensibles para alimentar su mundo en tinieblas.

Este su mundo interior era extraordinariamente rico y lo ubicaba en el ámbito de la presencia de su Dios hecho belleza y armonía.

En los paseos comunitarios —a los que nunca faltaba— se hacía explicar en detalle los paisajes y vistas de la naturaleza. Luego, al regreso, su narración era entusiasta y brillante y hacía partícipe de su gozo y alegría a los hermanos ancianos que no habían podido participar.

Su alegría interior, fruto de la presencia del Espíritu, lo hizo optimista frente a todos los acontecimientos, aún los más dolorosos. Su presencia en la Casa del Teologado lo hizo tomar contacto con generaciones de hermanos jóvenes de varias inspecciones que maduraban su vocación ministerial. Varios de ellos, durante este proceso, abandonaban su vida religiosa; otros hermanos ya ordenados hacía algunos años abandonaban su ministerio; para él todo “del Señor” esto era incomprensible; sin embargo, con su oración constante y sencilla superaba ese primer momento de desanimación y le pedía al Señor que ayudara a esos hermanos a encontrar un camino justo de servicio en el nuevo estilo de vida que tomaban.

Al anochecer del 21 de julio, rodeado por toda la Comunidad, se durmió en paz y empezó a ver a su Señor al que se había entregado con tanta generosidad.

En sus funerales nos acompañó el Sr. Cardenal, que había convivido con él los seis años de su directorio en el Estudiantado Teológico.

Deja a toda la Inspección un mensaje de vida religiosa sencillo, pero profundo:

“SER TODO DEL SEÑOR”.

TOMAS GONZALEZ MORALES
Director

DATOS: Coadjutor SERRE AIMAR, MARTIN: nació en Oncino (Cuneo - Italia, el 1º de enero de 1898; murió en La Florida - Santiago de Chile, el 21 de julio de 1971, a los 73 años de edad y 47 de Profesión.

